

ALEJANDRO SIEVEKING VUELVE COMO AUTOR CON "EL SEÑOR DE LOS PASAJES"

"La clase media es catastrófica"

ROCIO LINEROS • SANTIAGO

IE

El próximo viernes Alejandro Sieveking quebrará su silencio autoral de ocho años con el *El señor de los pasajes*, montaje protagonizado por Luis Vera bajo la dirección de Juan Cuevas que, aunque ya ofreció un par de funciones el año pasado en el Goethe Institut, ahora se estrena formalmente en el Montecarmelo.

Y con algunos cambios, que incluyen la ausencia de su esposa y eterna acompañante teatral, la actriz Bélgica Castro, abocada al próximo estreno del Teatro de la Universidad Católica: *La vieja dama*, fijado para el 8 de mayo.

—¿Es cierto que pensó en retirarse del teatro?

—Sí, es cierto. Si yo me retiré. Pero lo que pasa es que nunca pudo ser del todo, porque desde el minuto en que me retiré empezaron a pedirme "oye, haz esto y esto otro". Vino el remontaje de *La remolienda* (que volverá a estrenar bajo su dirección y en nueva versión este 28 de abril), tuvimos que ir a Costa Rica a hacer *Los días felices*, después la rehicimos acá, más tarde fue *Las sillas*... La mayor parte del tiempo es porque a Bélgica y a mí nos cuesta mucho estar separados. No estamos acostumbrados... ¡Es raro!

—Entonces, ¿por qué?

—Lo que pasa es que yo quería escribir novelas (también es autor de *La señorita Kitty*). Y hubo un montón de cosas, ciertas experiencias no del todo buenas...

—¿En qué sentido?

—No fueron estimulantes, digamos. Entonces, ante esta sensación de que tenía un problema con el teatro, dije "mejor cortar por lo sano" y apartarme. No fue posible totalmente. Pero lo pasé muy bien y recuperé un poco la alegría de vivir cuando me dediqué a la novela. Empecé a mirar a la gente de otra forma.

Lo mío

En Costa Rica, donde residió por diez años, Sieveking sólo estrenó *Pequeños animales abatidos*, que nunca se ha visto en Chile y que ocurre entre el 9 y el 10 de septiembre de 1973.

"Aunque no era exactamente una obra política, de mensaje, sí tenía una posición clara", comenta. "Pero no era ese el objetivo. Era —como siempre en mi caso, creo yo— retratar un tipo de mentalidad chilena. La gente cree que soy muy folclórico, pero no pienso ser. No. La verdad es que cuando escribí *La remolienda* estaba pensando más en las comedias de Shakespeare que en el campo chileno".

—Y ahora, ¿en qué está pensando?

—Siempre un poco en lo mismo. En el fondo, *El señor de los pasajes* es el retrato de una mente burguesa. Que se va retratando a pesar suyo, pues él trata incluso de disimular en muchos casos. Tiene un comportamiento de persona relativamente sofisticada y que sabe manejarse muy extraordinariamente, con mucha habilidad. Pero tiene una cosa un poco retrógrada, un egoísmo. Una cosa que los chilenos tienen mucho.

—¿Cómo?

—Cuando volvimos el año 85, nos encontramos con un Chile que no tenía nada que ver con el que habíamos dejado. En diez años, la gente se había puesto completamente "me salvo yo y el mundo que se caiga". Y ese criterio es el que tiene *El señor de los pasajes*. A pesar de que recibe su castigo... Aunque no sé si él sufre realmente por lo que le pasó al final o porque siente su orden alterado.

—¿Y esa mentalidad tendría que ver con la gente que tiene dinero, como señaló en una entrevista, o con el chileno en general?

—No. Con la gente que tiene cierto... no digamos que sean ricos. Pero, ¡la clase media chilena es catastrófica! Supongo que será porque somos un país un poco catastrófico. Y si las mujeres chilenas son muy fuertes —su criterio

manda un poco este país, este es un país Virgo—, al mismo tiempo también muchas son un poquitito: mi familia, yo protejo lo mío, lo mío, mi casa, mi microondas, mi auto, mi lavadora, mis cosas. Y eso por supuesto que te encierra, te reduce, te quita la posibilidad de ser feliz, que es saber aprovechar lo lindo y lo bueno que tiene el mundo, no es solamente tener cosas.

—¿Entonces?

—El se va desplazando por sus locales en arriendo... Es el viaje de una persona un poco por su vida, donde se va encontrando con su pasado y con su futuro de alguna manera. Por eso es un personaje que se traslada entre muchos personajes secundarios. Por ejemplo, niñas de estas *piernudas* de las cafeterías, peluqueras del Pasaje Capri, tiendas de ropa de hombre, el Due Torri... Todo lo que es el centro, que es un fenómeno muy particular de Santiago. En general, las ciudades no tienen tantos pasajes. Y como yo vivo en el centro, siempre me refugio en ellos cuando llueve o tengo picadas de libros de historias o íbamos a tomar café. En fin, es un mundo muy entretenido y misterioso a pesar de todo, diría yo.

¿Guionista?

Entre los secundarios también está el propio Sieveking como Néstor, un compañero de la misma

edad que el protagonista, pero que ya está muy avejentado y desgastado "Porque no es una persona práctica, básicamente. Muy culto, pero muy volado. El dice que lo que más le carga de su vida es seguir siendo el hijo viejo en casa de los padres".

—Y al principio aparece en una "orquesta de pollos"...

—Sí, trabaja en lo que puede. Estudió en el conservatorio, pero su gusto por la bohemia y su cabecita loca hicieron que fallara, que fuera cayendo. En todo caso, lo hacía un actor bastante bueno que renunció, y Juan me dijo "hazlo tú". "¿Y podré?", pensé yo, porque era muy corto pero muy difícil para mí. Bueno, y hay una cosa de aventurero en esta profesión. Le dije a Juan: "bueno, si fallo, me sacas con toda tranquilidad, yo no me voy a sentir ni nada por el estilo. Yo no... no quiero estar mal".

—Bueno, sus últimas apariciones en escena han sido bastante singulares. ¿Le divierten esos actos de humor?

—Mira, creo que soy un buen actor secundario. No podría hacer un papel protagónico, de ninguna manera, se me caería. Tienes que tener una energía determinada para sostener un papel, y esa energía la gasto en escribir más que en actuar, o en dirigir incluso. Pero aquí me cuesta más, tengo demasiada auto-critica, me controlo, me tenso, se

me aprieta la mandíbula... Un desastre. No es que me haya refugiado en papeles tan chiquititos, sino que se dieron... Si estoy casado con una súper estrella, obviamente ella se tiene que mostrar.

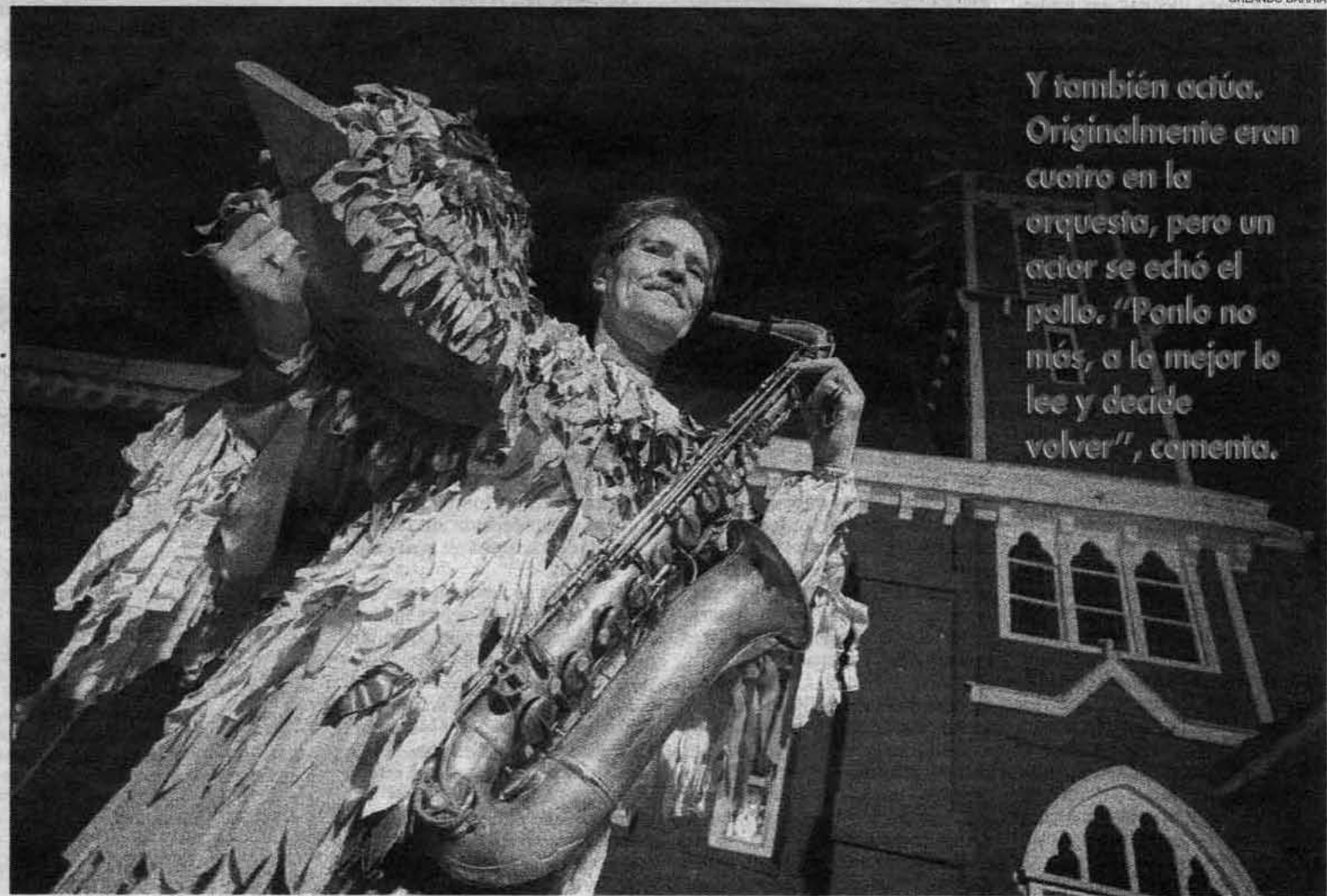
—En este preciso momento, ¿dónde está enfocado su trabajo como autor?

—¡En el cine! Hago clases de guiones de cine y de televisión para periodistas en el Arcis, un trabajo muy bonito. Y a pesar de eso, la verdad es que nunca he tenido experiencia directa en el cine, porque cuando Raúl Ruiz filmó *Tres tristes tigres* justo tenía un viaje a Estados Unidos. Entonces, estaba pensando hacer esta obra como guion cuando Boris Quercia me pidió uno, muy realista y con un tema determinado. Pasar al largometraje esa idea fue lo que hice y, bueno, escribirlo entero.

—¿Tiene fecha de filmación?

—Se supone que se va hacer ahora en septiembre. El nombre provisorio, que no me hace muy feliz, es *El profesor Varela*. Es la historia de un profesor que se enamora de una de estas *piernudas* de las cafeterías... No es *El ángel azul*, para nada. Uno no tiene por qué pensar que esas niñas son casquivanas ni nada por estilo porque andan mostrando las piernas, pues eso es parte de su trabajo. Bueno, y por eso es que pasé muchas horas en las cafeterías...

ORLANDO BARRIA



Y también actúa. Originalmente eran cuero en la orquesta, pero un actor se echó el pollo. "Ponlo no más, o lo mejor lo lee y decide volver", comenta.